

ENTREVISTA / INTERVIEW

M.^a Ángeles Calero Fernández

Catedrática de Lengua Española de la Universitat de Lleida

<https://orcid.org/0000-0002-4019-6031>

«Hay una serie de elementos característicos de tipos de liderazgo que hoy en día se consideran más eficientes y efectivos, pero nadie dice que las mujeres los han empleado toda la vida»

Marta Samper Hernández

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, España

marta.samper@ulpgc.es

<https://orcid.org/0000-0001-9317-5114>

Maribel Serrano Zapata

Universitat de Lleida, España

maribel.serrano@udl.cat

<https://orcid.org/0000-0003-4378-4389>



M.^a Ángeles Calero Fernández es doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona (UB). Fue una de las fundadoras del Seminari Interdisciplinari d'Estudis de la Dona del Estudi General de Lleida (UB), en 1992, y del Centre d'Estudis i Documentació de les Dones, en 1994. Fue directora del Centre Dolors

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.clepsydra.2025.29.09>

REVISTA CLEPSYDRA, 29; diciembre 2025, pp. 201-209; ISSN: e-2530-8424

[Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional \(CC BY-NC-ND\)](#)



Piera de la Universidad de Lleida desde 2006 hasta 2013. Fue responsable académica y técnica de la Red Temática «Últimas tendencias de la lingüística» con las universidades Rovira i Virgili, Las Palmas de Gran Canaria, La Habana (Cuba), Nacional de Rosario (Argentina) y de Los Lagos (Chile), entre 1999 y 2001. En 2008 recibió el Premio FUNDE a la Promoción de la Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres, otorgado por la Asociación de Empresarias, Directivas y Profesionales (Barcelona y Lleida). En 2021 recibió la Menció M. Encarna Sanahuja Yll a la excelencia en la inclusión de la perspectiva de género en la práctica docente, como premio individual, dentro de la Distinció Jaume Vicens Vives a la calidad docente universitaria, que otorga la Generalitat de Catalunya. Ha investigado y publicado sobre sociolingüística, etnolingüística, fraseología, lexicografía y enseñanza de español como lengua extranjera. Es autora de las siguientes publicaciones: *Estudio sociolingüístico del habla de Toledo* (Pagès, 1993), *Sexismo lingüístico: análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje* (Narcea, 1997), *Percepción social de los sexolectos* (Universidad de Cádiz, 2007) y, junto con Eulàlia Lledó y Esther Forgas, coordinó *De mujeres y diccionarios: evolución de lo femenino en la 22.ª edición del «DRAE»* (Instituto de la Mujer, 2004). Ha sido profesora visitante en las universidades de Los Lagos (Chile), Nacional de Rosario (Argentina), Paris VIII (Francia), Helsinki (Finlandia), Glasgow (Reino Unido), Eberhard-Karls-Universität Tübingen (Alemania), Tianjin Foreign Studies University, University of Changzhou, University of Soochow, University of Nankai (China).

Maribel SERRANO ZAPATA (MSZ): Buenas tardes, M.^a Ángeles Calero, muchas gracias por estar hoy con nosotras. En primer lugar, queríamos preguntarte de dónde vino tu interés por estudiar las diferencias en función del sexo en la lengua.

M.^a Ángeles CALERO FERNÁNDEZ (MCF): Bueno, vino con motivo de mi tesina. Una profesora que tuve, Anna Caballé Masforroll, montó un seminario de una semana dedicado a la sociolingüística y a la etnolingüística, y trajo a Humberto López Morales para dar sociolingüística, y a Francisco Marsá, para dar etnolingüística. Yo me quedé fascinada con los dos porque, siendo distintos en la manera de ser, los dos tenían una gran capacidad para captar la atención del público y, sobre todo, conseguían motivar y que quisieras saber más sobre aquello de lo que estaban hablando.

Yo estaba cursando una asignatura de Etnolingüística Hispánica, por tanto, no era nuevo para mí lo que presentaba Marsá, catedrático de Gramática Española de la Universidad de Barcelona; pero quedé fascinada con la sociolingüística, porque no había tratado nada igual en la carrera. Y, claro, la sociolingüística me llevó inexorablemente a tener que ocuparme del factor sexo. Cuando hice mi tesina sobre el habla de Toledo desde un enfoque sociolingüístico, pude ver que las mujeres y los varones pronunciaban de forma diferente y me pareció algo francamente sugerente porque hasta entonces ni me había dado cuenta cuando escuchaba a mi familia materna, que es toledana. Las dificultades con las que me tropecé para realizar el estudio estadístico, ya que no tuve acceso al programa Varbrul, me agotaron y decidí que mi tesis doctoral no sería de sociolingüística. Como también me





había fascinado el Dr. Marsá, me matriculé en un curso de doctorado que este impartía sobre relaciones entre lengua y cultura, en donde estudiamos su concepto de catálisis cultural de los procesos semánticos y el uso de los refranes como informadores culturales. Así que realicé un trabajo sobre los refranes que hablan de las mujeres. Con la tesina había encontrado evidencias de una diferencia fonética entre mujeres y varones, y eso me llevó a interesarme por si, además, la lengua decía cosas distintas de los grupos sociales a través del lenguaje repetido, de los refranes. Acabado el curso e impactada por los resultados de ese trabajo, sugerí al Dr. Marsá hacer, bajo su dirección, mi tesis doctoral sobre la condición femenina en el refranero español. Estuve 4 años recogiendo refranes sobre las mujeres, clasificándolos, interpretándolos, estudiándolos, y aquello me demostró que no solo se usa la lengua de manera distinta según el sexo o el género, sino que también la propia lengua ofrece una visión del mundo diferente de mujeres y de varones. Durante el resto de mi vida académica, aun dedicándome a otras cosas, no he abandonado nunca el estudio de las relaciones entre lengua y género, a las que vuelvo recurrentemente. En mis primeros años, quienes nos dedicábamos a los estudios de género, fuera de la historiografía, teníamos una doble vida: investigábamos en un ámbito que sabíamos que se iba a valorar, por ejemplo, la sociolingüística, y luego publicábamos estudios sobre lengua y pensamiento o sobre lengua y cultura –y más, enfocado en el género– que la mayoría de colegas consideraban cuestiones menores o folclóricas.

Marta SAMPER HERNÁNDEZ (MSH): Qué maravilla ese encuentro con Humberto López Morales; y con Francisco Marsá, por supuesto, también. Fue entonces cuando tuviste tu primer contacto con la sociolingüística, pero no sé cuándo lo retomaste.

MCF: Lo retomé cuando participé en las primeras reuniones del PRESEEA¹. Resulta que, cuando acabé la tesis, me pasó lo mismo que con la tesina, quedé harta de refranes y, en el año 1990, recién doctorada, me apunté a un curso de verano en Sigüenza, al lado del pueblo de mi padre. Era un curso de verano de sociolingüística, porque quería ponerme al día: fui de estudiante, aunque yo ya era profesora en el Estudio General de Lérida, que pertenecía a la Universidad de Barcelona. En ese curso estaban Humberto López Morales, Manuel Alvar, Paco Moreno, Pedro Martín Butragueño, Yolanda Lastra, Beatriz Lavandera, José Antonio Samper y Clara Eugenia Hernández. Ahí fue cuando los conocí a todos. El curso fue largo y lo disfruté. Y me dije «pues vamos a retomarlo», porque nunca había dejado de interesarme, solo estaba agotada de los ordenadores, que a mediados de los 80 apenas usaba nadie. A partir de allí supe lo del PRESEEA y me uní al proyecto muy temprano. Me he dado cuenta de que hay una tónica a lo largo de mi vida. Aunque he

¹ Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América. Véase <https://pre-seea.uah.es/>.



ido cambiando de temas, los he ido trabajando siempre desde las relaciones entre lengua y sociedad, lengua y pensamiento, lengua y cultura.

MSZ: ¿Qué referentes consideras fundamentales a la hora de hablar de las investigaciones sobre lengua y género, así como sobre sociolingüística feminista?

MCF: El problema que tienen los estudios de lengua y género es que se desarrollan desde muchas disciplinas. No ha habido un nacimiento uniforme, ni una epistemología compartida, sino que, desde cada disciplina, ha habido una aproximación a las diferencias lingüísticas y comunicativas de mujeres y varones, y a los estereotipos de género en el imaginario social. La mayoría de los enfoques son feministas y parten de la existencia de los mandatos del patriarcado. Pero bueno, el primer trabajo del que siempre se habla es el de Robin Lakoff sobre la lengua y el lugar de la mujer, centrado en la manera de hablar de mujeres blancas universitarias en Estados Unidos. Luego siguieron muchas autoras anglosajonas, quienes se ocuparon de las relaciones entre lengua y género desde la sociolingüística, la etnografía de la comunicación y el análisis de la conversación: Deborah Tannen, Jennifer Coates, Penelope Eckert, Deborah Cameron o Janet Holmes. De todas ellas, la que ha tenido más proyección ha sido Deborah Tannen, porque ha sido muy divulgativa y ha tenido algunos libros que se han convertido en auténticos *best-sellers*.

Si tenemos que pensar en Europa, pues tendríamos a Marina Yaguello, Verena Aebischer o Patrizia Violi y luego, en España, pues depende de lo que estemos hablando. Las diferencias lingüísticas entre varones y mujeres ya se percibieron durante las encuestas del ALPI² y del ALEA³, y generaron publicaciones, como las del primer volumen de la revista *Orbis*, en los años 50 del siglo xx, en donde se recogen trabajos sobre las diferencias dialectales de las mujeres en distintos países de Europa, incluida España. Los estudios sociolingüísticos españoles han contemplado siempre el sexo como uno de los factores sociales que covarían con elementos lingüísticos. No tenemos apenas estudios de etnografía de la comunicación, y las investigaciones centradas en el análisis de la conversación no se focalizan en el género. Vamos un poco a remolque de lo que se ha hecho en otros países.

Sí que se ha dedicado mucho tiempo, sobre todo por los debates que ha generado y por posicionamientos políticos, al lenguaje inclusivo, al sexismo y androcentrismo en el lenguaje o al sexismo en los diccionarios, una línea que inició Álvaro García Meseguer en los años 70. Luego se han incorporado investigadoras e investigadores. Tendríamos a las componentes de NOMBRA, Comisión Asesora sobre el Lenguaje del Instituto de la Mujer, creada en los años 90, en la que destacan Merche Bengoechea y Eulalia

² *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*. Véase <http://www.alpi.csic.es/>.

³ *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*. Véase <https://www.cervantesvirtual.com/obra/atlas-linguistico-y-etnografico-de-andalucia-tomo-i-agricultura-e-industrias-con-ella-relacionadas-1209195/>.



Lledó, que han seguido publicando desde entonces sobre el particular. Y han ido saliendo libros, como la *Gramática femenina*, de Ricard Morant y Ángel López, los de Pilar García Mouton⁴, o el libro panorámico de Irene Lozano⁵, en el que hace un estado de la cuestión, con mucha bibliografía norteamericana. También se han realizado estudios sobre la imagen de la mujer en la lengua. El más antiguo es la tesis de Lodaes Marrodán sobre el campo léxico mujer en español, donde repasa históricamente el vocabulario de varios ámbitos: el aspecto físico, la estimación social, el amor, la sexualidad, la maternidad... No hay una figura reconocida por todo el mundo, ni una corriente concreta. La discusión sobre el lenguaje inclusivo creo que ha ensombrecido todos esos otros estudios sobre lengua y género, que han llegado a conclusiones muy interesantes.

MSH: Claro, y en este mismo sentido que estás diciendo, ¿crees que se ha avanzado mucho con respecto al conocimiento de las diferencias en función del sexo/género o que aún queda un largo camino por recorrer?

MAC: Creo que queda un largo camino hacia el reconocimiento científico de lo que se ha hecho, y no solo sobre el lenguaje sexista. Incluso este tema, cuyo debate es muy atractivo para los medios, se trata de manera banal, una banalidad que también he percibido en mesas redondas y conferencias en las que se seguían los dictados más manidos y que continúan sin haberse revisado objetivamente. Todo este ruido lo que hace es ensombrecer numerosos e interesantes trabajos sobre diferencias conversacionales, sobre la pervivencia del patriarcado en el vocabulario, sobre la violencia simbólica que sufren las mujeres en las asimetrías lingüísticas, es decir, cuando nombramos la misma realidad de manera diferente y con un valor social distinto (o ni siquiera llegamos a nombrarla) al hablar de mujeres o de varones. Si se va desgranando todo esto, se va comprobando que los estereotipos de género y las relaciones de poder entre los sexos que integran nuestro imaginario social tienen un reflejo en la lengua. A su vez, estos elementos lingüísticos y comunicativos así definidos retroalimentan esos mismos estereotipos y condicionan el desarrollo de la identidad de género y del comportamiento verbal y no verbal. Si no hay reconocimiento, el avance es lento y pesado.

MSZ: El tema del lenguaje inclusivo, al cual te has referido, despierta mucha controversia. Has hecho alusión a estas discusiones en los congresos entre las filólogas, pero nos gustaría mucho que nos explicaras brevemente tu postura sobre este tema y sobre otros que también despiertan mucha polémica, como puede ser el uso novedoso de la *-e* como morfema no marcado.

⁴ *Cómo hablan las mujeres*, Arco/Libros, 1999; *Así hablan las mujeres: curiosidades y tópicos del uso femenino del lenguaje*, La Esfera de los Libros, 2003.

⁵ *Lenguaje femenino, lenguaje masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?*, Minerva Ediciones, 1995.



MCF: Como llevo muchos años en estas cuestiones, he ido cambiando mi manera de ver las cosas, pero no solo por opinión, sino por los resultados que obtenía en mis propias investigaciones. En la época en la que publiqué mi libro sobre sexismo en el lenguaje, en los años 90, estaba convencida de que, si dejábamos de feminizar el lenguaje, acabaríamos disociando mentalmente el género gramatical del sexo biológico ante la aplastante realidad de la llegada de las mujeres a todos los ámbitos, aunque en algunos sigan siendo minoría. El género de los sustantivos no traspasaría los límites de la gramática (la exigencia de la concordancia) y dejaría de clasificar semánticamente a los seres sexuados. Pero años después hice un estudio de creencias lingüísticas sobre el género gramatical y me encontré con que el masculino utilizado intencionalmente como genérico, es decir, usado para hablar de mujeres y varones conjuntamente, era interpretado mayoritariamente como masculino específico, por tanto, se entendía que solo mencionaba a varones, aunque es cierto que se daban diferencias de percepción según ciertos factores sociales, como la edad o el sexo del oyente. Eso me demostró que el supuesto masculino genérico estaba ocultando a las mujeres. Por lo tanto, dije «ni hablar, aquí hay que feminizar todo el vocabulario y hay que dejar de usar el masculino genérico porque, cuando se utiliza, las probabilidades de que el receptor lo interprete como un masculino específico son altas, al margen de que en la sociedad haya muchas mujeres en muchos lugares». Por eso yo cambié en mi forma de ver la lengua, lo que pasa es que casi todo el mundo hace alusión a ese libro mío sobre el sexismo lingüístico y no menciona otros trabajos también míos posteriores, incluido este en el que hablo de que el masculino genérico no se puede usar porque el efecto que produce en el oyente es ocultar a las mujeres⁶.

En cuanto a la *-e*, aunque se haya puesto de moda ahora, ya lo propuso Álvaro García Meseguer en el año 88 en un congreso en la Universidad Autónoma de Madrid y se armó un alboroto. Yo he llegado a la conclusión de que podemos sostener una guerra de guerrillas, pero no una lucha frontal porque esta última nos lleva al fracaso. No podemos ir contra la lengua porque ya nos ponen suficientes trabas los puristas. Si usamos la *-e*, nos vamos a agotar. La lengua nos da otros recursos: nombres colectivos, evitar explicitar el sujeto para soslayar el género del pronombre (*nosotros/as*, *ellos/as*), por ejemplo. Y, cuando ya no queda ningún recurso más, pues el doble género. Precisamente en el libro sobre sexismo en el lenguaje, hice el ejercicio de no utilizar nunca el masculino genérico y evitar al máximo el doble género, echando mano de un conjunto de recursos que son posibles y no son extraños a la lengua. Estoy muy satisfecha de que nadie se haya dado cuenta de mis intenciones

⁶ Se refiere a su trabajo de 2006, «Creencias y actitudes lingüísticas en torno al género gramatical en español», en M.^a Isabel Sancho Rodríguez, Lourdes Ruiz Solves y Francisco Gutiérrez García (eds.), *Estudios sobre lengua, literatura y mujer*, Universidad de Jaén, pp. 235-284.

(y es un libro muy citado), lo cual significa que conseguí lo que pretendía, aunque seguramente algún masculino genérico se me escapara.

Lo que más me fascina es que los gramáticos y gramáticas que defienden que no usar el masculino genérico es ir en contra de la estructura de la lengua han aceptado fácilmente el leísmo de persona (que colisiona con la división entre complemento directo e indirecto) o que el imperfecto de subjuntivo se emplee en sustitución del futuro del subjuntivo (lo que anula los límites entre pasado y futuro). Aquí claudican: porque forma parte del habla de Madrid, porque lo usan montones de hablantes. En cambio, se rasgan las vestiduras y luchan con uñas y dientes cuando se trata de arrinconar el supuesto valor genérico del masculino. Eso implica que hay algún tipo de ideología detrás.

MSH: Muy bien, muy interesante todo y, además, ya nos has adelantado un poco otra de las preguntas que teníamos, sobre los resultados que destacarías de tu investigación. A mí personalmente me ha llamado la atención –y creo que a lo mejor ahora es el momento de reivindicar algunos de esos resultados– el hecho de que has publicado un libro que todo el mundo referencia, pero después han salido a la luz otras obras que contradicen o que aportan una nueva perspectiva a lo que se decía antes, y, sin embargo, eso a lo mejor no interesa tanto. Por ello, si quieres ahora destacar algunos resultados que quieras que se conozcan, tienes la oportunidad perfecta.

MCF: Bueno, he trabajado en muchas cosas. Las relaciones entre lengua y género las he abordado desde la lexicografía, la fraseología, el análisis de campos léxicos, la sociolingüística, la etnolingüística o la etnografía de la comunicación. Creo que todo es lengua y todo es uso de la lengua, y también pensamiento a través de la lengua, porque pensamos con palabras, ¿no?

Es difícil decir, pero, en todo caso creo que son importantes varias cuestiones. Algunos estudios míos sobre los diccionarios demuestran la ideología de los lexicógrafos y lexicógrafas: cómo en la selección de las entradas, en las definiciones, en los ejemplos y en las decisiones gramaticales que adoptan hay detrás una manera concreta de pensar, es decir, que en todo ello se perciben rasgos de la enunciación y del enunciador. Esto forma parte del análisis del discurso. Me parece de gran interés ver cómo los textos científicos son sesgados y parciales, y, cuando hablan de las mujeres, lo son especialmente. Los diccionarios son textos científicos, y lo son también las gramáticas, a las que me he dedicado igualmente. He estudiado cómo se presenta el género gramatical desde la tradición grecolatina hasta la actualidad. Le he dedicado varias publicaciones y en ellas he constatado que, aun existiendo dos corrientes en la explicación del género gramatical –una semántica y otra más formal–, la que ha tenido más suerte ha sido la semántica, y no necesariamente por ser la que tiene mayor tradición. Sorprende que no se hable nunca de que el femenino también puede tener un uso genérico: cuando decimos «huelga de médicos y enfermeras», ¿no están de huelga los enfermeros?; o al decir «un rebaño de ovejas», ¿el rebaño no tiene ningún carnero? Es decir, que un enfoque concreto en la explicación gramatical o que se olvide





que hay un femenino genérico supone un sesgo en la ciencia. Por lo tanto, hay una conexión entre ciencia e ideología. Esa es una parte de mis trabajos que creo que es importante.

También hay otros trabajos míos que creo que son interesantes, que tienen que ver con las creencias lingüísticas. Me parece decisivo analizar cómo percibe y valora el oyente los elementos de la lengua. Una cosa es cómo emite el hablante el mensaje, y otra cómo lo percibe el oyente. Y si el oyente percibe un hecho de lengua de una manera completamente distinta, o bastante diferente a lo que dicen los gramáticos que es ese hecho, deberían replanteárselo.

MSH: Y, M.^a Ángeles, ¿podrías hablarnos un poco sobre el capítulo que has publicado recientemente, en Routledge, sobre el lenguaje y las formas de liderazgo?⁷ Eso suena muy interesante.

MCF: Sí, sí. Esto surgió de haber participado en un curso sobre liderazgo al que me invitaron. Me pidieron que hablara de los usos lingüísticos y comunicativos de las mujeres. Me quedé a escuchar las intervenciones de otras compañeras que hablaban del liderazgo desde la sociología o las ciencias políticas y me di cuenta de que las clasificaciones que se hacen de los tipos de liderazgo (democrático frente a autoritario, transaccional frente a transformativo...) y su caracterización eran parangonables a las diferencias de género en la comunicación. Así, los rasgos del liderazgo transformativo, preocupado por la cohesión y el bienestar del equipo; o los del liderazgo democrático, en el que las decisiones se comparten, me recordaban el estilo conversacional propio de las mujeres (estilo relacional). Mientras que las características del liderazgo transaccional, enfocado en la consecución de la meta, me evocaba el estilo conversacional masculino (estilo informativo). Y me resultó muy sugerente que los tipos de liderazgo que hoy se considera que funcionan mejor son los que contienen los estilos conversacionales femeninos. Así que escribí este artículo en el que repasé los usos conversacionales de las mujeres y su conexión con las formas de liderazgo más exitosas. Por ejemplo, que los usos lingüísticos y comunicativos femeninos favorecen la interacción; que lo más importante no es transmitir información, sino que los lazos se creen, se estrechen, se mantengan, y por eso las mujeres utilizan órdenes indirectas, piden más disculpas, halagan más. Bueno, hay una serie de elementos característicos de esos tipos de liderazgo que hoy en día se consideran más eficientes y efectivos, pero nadie dice que las mujeres los han empleado toda la vida, porque están muy ligados a la sororidad, imprescindible para sacar adelante a las crías mientras los varones iban a cazar o a la guerra.

⁷ La referencia de este trabajo es M.^a Ángeles Calero Fernández. (2023). «Lenguaje femenino y nuevas formas de liderazgo». En Catalina Fuentes Rodríguez y Ester Brenes Peña (eds.), *Comunicación estratégica para el ejercicio del liderazgo femenino*, London and New York: Routledge, pp. 37-48. DOI: <https://doi.org/10.4324/9781003305224-4>.



MSZ: Gracias por esta visión tan completa de los estudios de género; y, ya para acabar, querríamos preguntarte hacia dónde crees que debería dirigirse el estudio de las diferencias entre los dos sexos en el futuro. ¿Hacia dónde tendría que ir en tu opinión?

MCF: Creo que hay que explorar dos cuestiones, aparte de seguir intentando dignificar estos estudios, seguir ampliando lo que se ha hecho y aumentar las lenguas de análisis. Los estudios interlingüísticos son muy reveladores. Cuando he comparado el léxico del matrimonio o el de la familia, por ejemplo, he podido comprobar constantes antropológicas.

Una primera cuestión es si en la juventud actual se mantienen las diferencias comunicativas que han sido identificadas en las investigaciones sobre lengua y género. Es decir, si las jóvenes de hoy mantienen los estilos conversacionales de las mujeres de mi edad o de la vuestra. Esto está cambiando. Lo que estoy percibiendo es algo similar a lo que sucede con la ropa unisex, que es ropa masculina que usan las mujeres, no ropa femenina que usen los varones; o lo que hemos visto, por ejemplo, cuando las mujeres llegan a puestos de poder e imitan los comportamientos masculinos. Pues creo que lo que está pasando ahora es que las chicas están imitando el estilo conversacional masculino. Y entonces todo esto de la preocupación por el efecto que el discurso produce en el interlocutor o interlocutora se está diluyendo; como se está diluyendo el que las mujeres usen más eufemismos y los varones, más palabras tabú. Tendríamos que ver si los cambios sociales están generando un cambio lingüístico y si ese cambio nos está llevando a algo andrógino o al triunfo de los usos masculinos, de la misma manera que la coeducación no ha servido para crear un modelo andrógino en el que niños y niñas, al margen de su forma de ser, se vean reflejados y los niños no se sientan mal con ciertos comportamientos atribuidos a las niñas, o viceversa. La coeducación no ha llevado a este modelo andrógino, sino a la consolidación del modelo masculino en las escuelas. Creo que lo mismo está pasando en la lengua y creo que esto hay que explorarlo.

Otra cosa que me parece muy interesante explorar, pero no sé el recorrido que va a tener, es si toda esta corriente de que el género no es binario, sino que tiene muy distintas manifestaciones, está teniendo o va a tener un efecto tanto en el uso del género gramatical como en los usos lingüísticos y conversacionales de mujeres y varones, si va a haber zonas híbridas o no. Hay que clarificarlo epistemológicamente, antes de acometerlo. Considero que ahora hay una confusión entre identidad sexual e identidad de género y también hay toda una cancelación del feminismo tradicional y de las feministas llamadas «históricas». No sé qué repercusión va a tener en la lengua, ni cuándo va a empezar, ni cuánto durará, ni con qué intensidad. Estas dos cuestiones son las que ahora me parece que hay que estudiar.

MSZ: Bien, pues muchas gracias por todas estas reflexiones, por compartir tus experiencias vitales y logros científicos, que pensamos que pueden ser de mucha ayuda a cualquier persona que lea esta entrevista.

Y te agradecemos enormemente el tiempo que nos has dedicado.

MCF: Bueno, yo os agradezco que me hayáis dado esta oportunidad para conversar sobre esto porque me ha servido de análisis retrospectivo, también para reconocermé a mí misma: cómo me he ido construyendo como persona y como científica.

